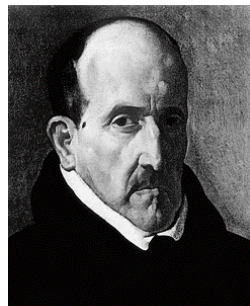


Aguas aéreas

La piedra imán y las navegaciones

David Huerta



Los 137 versos del llamado “discurso del político serrano” en las *Soledades* de don Luis de Góngora (del verso 366 al 502) forman un *epilia* una epopeya diminuta. La expresión es curiosa y parece comportar un oxímoron; pues solemos pensar en la épica en términos de grandes volúmenes textuales: los poemas de Tasso, la *Araucana*, el *Orlando* ariostesco —una epopeya con tintes burlescos—, la cómica *Gatomaquia* de Lope de Vega, las hazañas de los lusos cantadas por Luis de Camoens. La lista de obras y autores podría ser interminable pero no lo es: se detiene abruptamente en los umbrales de los tiempos modernos. La poesía reciente parece rechazar la épica, quizá por buenas razones; al menos, cierta clase de épica: la sobrecondificada con los temas específicamente guerreros. Los *Cantos* de Ezra Pound son poesía épica, y constituyen una excepción a la regla moderna —excepción considerable.

No toda epopeya tiene la guerra como sujeto principal; no todo poema épico significa sangre, heridas, espadas y estruendo de metales, o celebra la destrucción de una comunidad a manos de otra. Pound describía sus *Cantos* como un poema en donde figuraba la historia; además, es un poema, o serie de poemas, en un volumen muy grande. En cuanto a la poesía de Góngora, la historia está inscrita con toda claridad en las *Soledades* y lo está, precisamente, en el discurso del político serrano, en esos 137 versos del *epilio* acerca de las navegaciones.

Las históricas navegaciones de Vasco de Gama son el tema de *Os Lusíadas* y nadie podría negarle a la obra su índole épica; otro asunto es el abandono del gran poema del Portugal renacentista, imperial y aventurero: nadie lo lee, nadie parece intere-

sarse por él. Grave asunto en los horizontes generales de la lectura contemporánea, o mejor dicho: de la no-lectura, de la ignorancia voluntaria. Más grave todavía en ciertos ámbitos universitarios, donde, entre muchos sedicentes lectores serios, ni de nombre se conoce a Camoens. A veces, para explicar esa borradura, se invoca el “problema de la lengua”, como si se tratara de un cantor bosquimano o del chamán de una tribu desaparecida; sencillamente se olvida, o no se conoce, la importancia cardinal de la lengua portuguesa en el ámbito europeo y mundial del siglo XVI, paralela a la del español; muy superior, por su difusión, entonces, al insular inglés de aquellos años. Aquí vale con plenitud la expresión consabida: el portugués se hablaba “hasta en China”, y gracias, precisamente, a las hazañas de los navegantes.

El *epilio* gongorino de las *Soledades* le debe mucho a Camoens. En realidad, todo el poema tiene una deuda con el poeta lusitano, desde su primer verso: tiene su origen indudable en un pasaje del Canto II de *Os Lusíadas*.

Se antoja llamar Siglo Luisino a un largo tramo del siglo XVI y parte del XVII en los ámbitos de la península ibérica; no sólo por los dos Luises hasta aquí mencionados, sino también por el agustino fray Luis de León, tan maltratado por su editor de 1631, Francisco de Quevedo y Villegas, demasiado distraído en el combate a los “culteranos” como para vigilar la limpieza tipográfica y filológica del texto; el peor maltrato a fray Luis fue, desde luego, el de la Inquisición, culpable de haberlo encerrado en una

inmunda celda de Valladolid durante cinco años. Ese Siglo Luisino cabría, pues, en cien años de modo casi exacto: de 1524, año del nacimiento de Camoens, a 1627, año de la muerte de Góngora. (Éstas son las fechas de nacimiento y muerte de los tres autores: Luis Camoens, 1524-1579; fray Luis de León, 1527-1591; Luis de Góngora, 1561-1627).

Góngora leyó con suprema atención a Camoens. No hay duda sobre ese punto, y es posible documentarlo. Sabemos, asimismo, de su asistencia a la Universidad de Salamanca, donde acudiría a las clases de fray Luis de León, hecho no totalmente comprobado, pero bastante verosímil. En los poemas no faltan pistas en torno al conocimiento, por parte de Góngora, de las odas frayluisinas: la “pobre mesilla” de “Ándeme yo caliente” parece directamente emparentada con la “pobrecilla mesa” de la primera oda de fray Luis, el *Elogio de la Vida Retirada*. Mas no es el fray Luis del *aurea mediocritas* el más interesante o pertinente para el tema del “discurso del político serrano”; es el de las reprobaciones de la vida marinera y de la sinécdoque, casi se diría emblemática, tan presente en el *epilio* de las *Soledades*: “leño” por “navío”, recreada, con diversas variaciones, por Góngora.

En un tema grandioso, entonces, están unidos los tres Luises: las navegaciones, asombro de su época.

El Peregrino de Amor del poema gongorino (“náufrago y desdénado, sobre ausente”) no tiene nombre. No alcanzó a tenerlo debido a la interrupción abrupta de la composición poética, al parecer a raíz de

las agrias polémicas desatadas en 1613, motivo del desaliento, la parálisis creativa de Góngora, o su renuncia, inspirada quizá por la soberbia, a seguir escribiendo un poema tan importante para él y tan absolutamente decisivo para el arte literario de nuestro idioma. Por desgracia, no le faltaba razón a don Luis: las *Soledades* siguen confinadas o arrinconadas, y continuamente atacadas, por los defensores de la poesía “fácil”.

El Peregrino se encuentra con un grupo de jóvenes serranos; destacan entre ellos algunas hermosas muchachas. A la cabeza de la partida de las jóvenes, un viejo se adelanta a saludar el Peregrino, reconoce las señas del mar —del naufragio— en las ropas del muchacho, y comienza su largo discurso en contra de las navegaciones. El anciano tampoco tiene nombre; lo conocemos como un “político serrano” pues en el poema se le llama de esa manera (en el verso 364); es viejo y circunspecto: tiene “canas graves”. La palabra “político” significa sencillamente cortés, bien educado, en un remoto ámbito urbano.

Es razonable hablar aquí de un reconocimiento de clase: el viejo descubre en el naufragio a una persona de su propio estamento. Podría especularse sobre los oficios u ocupaciones de uno y otro; parece claro el origen aristocrático del Peregrino; el viejo podría, en cambio, pertenecer, o haber pertenecido, al estamento de los mercaderes prósperos: en el momento del poema, vive en una especie de retiro voluntario entre la gente de campo, cuya confianza y respeto se ha ganado. Al final del encuentro sabremos el motivo de la emotiva reacción del viejo ante la aparición del Peregrino: éste le recuerda al viejo a su hijo, muerto en una aventura marinera.

Pero los nombres, o la falta de ellos, tienen sus historias, siempre. Para los lectores, uno de los desafíos del epilío es la omisión de nombres propios relacionados con el ámbito histórico: la descripción de las navegaciones se hace sin menciones explícitas, en ningún momento, de Cristóbal Colón, Fernando de Magallanes, Vasco de Gama, Sebastián Elcano, Vasco Núñez de Balboa. Nombres mitológicos sí hay: Jasón, Marte, por ejemplo, y nombres de la historia romana: Catón, Lucrecia. Los

nombres faltantes son los de los capitanes de las naves. No hay, tampoco, topónimos de los descubrimientos, aun cuando hay de otros, puestos al servicio de una idea o sentencia (Egipto, Nilo). Los descubridores y los lugares descubiertos o explorados aparecen por medio de alusiones. El discurso es puramente poético: descripciones, imágenes, tropos, alusiones.

Los nombres, sin embargo, están ahí, si uno quiere verlos; si uno *puede* verlos. El lenguaje gongorino siempre es intrincado —en especial en ese pasaje— y el discurso del político serrano no es la excepción a esa regla de estilo y de expresión, autoimpuesta por Góngora, desde el principio de sus trabajos poéticos, a lo largo de toda su obra.

No es posible examinar aquí, como me gustaría, todos los detalles del epilío. Me limito sólo a comentar los catorce versos dedicados a la piedra imán —o magnetita, como también se conoce, según anotación de Antonio Carreira—, del 379 al 392. El vértigo metafórico y alusivo de Góngora alcanza en ese pasaje extremos sorprendentes, dentro de un poema ya de por sí asombroso, en todas sus partes y en su conjunto. Recorro en mis comentarios, principalmente, a las investigaciones y observaciones de Robert Jammes, admirable editor y exegeta de las *Soledades*, y uno de los más grandes críticos literarios de nuestra época.

Los catorce versos sobre la piedra imán son una sola tirada gramatical y sintáctica, una cláusula compacta y al mismo tiempo flexible, musical, de un ritmo perfecto. A sus catorce versos corresponden siete rimas; consta de siete endecasílabos y siete heptasílabos, según la pauta de la silva, el extraordinario módulo compositivo de las *Soledades*, lo más parecido al verso libre en esos tiempos; esas regularidades no son una mera curiosidad y apuntan, en mi opinión, a un núcleo virtual: el de los “sonetos escondidos” en el poema. La magnetita aparece después de dos consideraciones: la navegación de los argonautas y su capitán, Jasón (versos 366-373); la puesta de las

navegaciones al servicio de la guerra (versos 374-378).

El primer rasgo notable es la falta de artículo al mencionar a la “nautica industria”, es decir “la industria de los marineros” (Jammes, en su prosificación). El primer verso dice así:

Nautica industria investigó tal piedra...

La omisión del artículo definido (“la industria náutica”) es un rasgo latinizante. Góngora reivindicaba explícitamente esos recursos. El verso, un endecasílabo sáfico (acentos en cuarta y octava sílaba, y el obligatorio en la décima), es claramente heterotónico, según la terminología de Alfonso Méndez Plancarte en sus análisis críticos de la poesía de Salvador Díaz Mirón: los tres acentos están en vocales diferentes: u, o y e; podría añadirse, por supuesto, el acento secundario, si lo es, de “náutica” (no lo sería para la preceptiva de Tomás Navarro Tomás).

Robert Jammes, inspirado en el comentario de García de Salcedo Coronel, difiere de Dámaso Alonso en la explicación del verbo “investigar” en este pasaje: “los modernos navegantes no descubrieron la piedra imán [como parece creer Alonso], conocida ya en la Antigüedad; lo que hicieron fue buscar (*investigando*) su aplicación a la navegación”.

La piedra imán en las *Soledades* (1613) de Luis de Góngora

Nautica industria investigó tal piedra,
que, cual abraza hiedra
escollo, el metal ella fulminante
de que Marte se viste, y, lisonjera,
solicita el que más brilla diamante
en la nocturna capa de la esfera,
estrella a nuestro polo más vecina,
y, con virtud no poca,
distante la revoca,
elevada la inclina
ya de la Aurora bella
al rosado balcón, ya a la que sella
cerúlea tumba fría
las cenizas del día.

La piedra imán atrae, por sus propiedades magnéticas, al hierro. ¿Cómo lo explica Góngora? De esta manera, mezclando una imagen vegetal con una referencia clásica a la mitología, y en especial al “acero resplandeciente” (Jammes) de la armadura del dios de la guerra:

Náutica industria investigó tal piedra,
que, cual abraza hiedra
escollo, el metal ella fulminante
de que Marte se viste...

Una vez más Góngora omite los artículos para los sustantivos “hiedra” y “escollo”; pero introduce uno, determinado, para “el metal”, en el incisivo hipérbaton de la descripción: “el metal ella fulminante / de que Marte se viste”. “Ella”, la magnetita, hace lo siguiente, a semejanza de la hiedra ante el escollo: “solicita” un “diamante”. ¿Un diamante? Sí; veamos:

[...] y, lisonjera,
solicita el que más brilla diamante
en la nocturna capa de la esfera...

La magnetita solicita, lisonjeramente, ese diamante del cielo, el más brillante. Esa estrella, ese diamante astronómico, es la Estrella Polar, descrita con absoluta precisión en el verso siguiente:

[...] estrella a nuestro Polo más vecina...

Se trata, entonces, del astro “que más brilla” en el cielo. Hay un problema con el adverbio “más”, impreciso desde el punto de vista de cualquier ojo observador del cielo nocturno. La Estrella Polar no es la más brillante; pero no es esto lo dicho por Góngora. Es un punto problemático zanjado ya, en mi opinión, por el examen de Robert Jammes, con el apoyo de comentaristas antiguos y modernos: “lo que quiso decir Góngora es que la estrella polar *brilla más tiempo* que las demás, porque queda siempre visible”. Además, Góngora procede con exactitud cuando describe a ese astro como el más cercano al polo, no coincidente con él: “más vecina”. Este detalle le hace casi exclamar a Jammes: “Nótese la precisión de las imágenes, en este trozo y en todo lo que sigue a propósito de las

navigaciones, magnífico y casi único ejemplo de poesía científica moderna”.

Góngora reconoce otro polo, por supuesto; un polo diferente del “suyo”, del “nuestro”: ya estaba al tanto de la existencia del hemisferio austral. La Estrella Polar brilla en el centro del cielo —en el centro de los planisferios de la bóveda celeste, desde luego—, y es visible *en el hemisferio norte* (por eso el poeta escribe “nuestro Polo”); todo esto constituye un detalle europeo, por así decirlo, hecho por un habitante del hemisferio septentrional, bien informado de los descubrimientos geográficos de los siglos XIV, XV y XVI, tema o temas del epilio.

En las imágenes sobre Marte y la piedra imán, hay claros indicios de una escena amorosa: la atracción sexual de la hiedra por el diamante, un magnetismo erótico y metafórico. No es gratuito: leemos, en Claudiano, en el “idilio” titulado *Magnes* (“El imán”), la descripción de una ceremonia antigua en un templo dedicado a dos dioses:

Tiene una estatua cada dios; pero la imagen de Marte resplandece en hierro, una piedra imán representa a Venus. Un sacerdote celebra su matrimonio según el rito. [...] Citerea [: *Venus*] atrae espontáneamente a su marido y, remedando su primera unión en el cielo, estrecha el pecho de Marte con su lasciva atracción, mantiene suspendido un peso tan grande, le rodea el casco con sus brazos y lo ciñe entero con estremecedores abrazos. Él, llevado por la prolongada fuerza de la absorción, es arrastrado por lazos misteriosos desde la piedra cónyuge. La naturaleza preside la unión de los dioses y una fuerte atracción junta el hierro al imán; súbitamente las dos divinidades se unen con un amor secreto.

La imagen fue recreada por sor Juana Inés de la Cruz, aplicada seguidora de Góngora, en un soneto:

Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Adviértase la palabra “lisonjero”, la misma utilizada por Góngora. Los sorjuas

nistas deben saber si esa palabra proviene de Góngora o es una recreación de Claudiano; a mí me parece probable lo primero, entre otras cosas por estos dos versos del *Polifemo* gongorino, poema bien leído y comprendido por sor Juana: “El bello imán, el ídolo dormido, / que acero sigue, idólatra venera”, citados por Jammes tomando en cuenta un estudio de Eunice Joiner Gates.

La bóveda del cielo nocturno es descrita con majestad: “la nocturna capa de la esfera”. Luego siguen los versos dedicados a las virtuosas propiedades de la piedra imán:

[...] y, con virtud no poca,
distante la revoca,
elevada la inclina
ya de la Aurora bella
al rosado balcón, ya a la que sella
cerúlea tumba fría
las cenizas del día.

Cito a Jammes y añado un par de observaciones. El sintagma “distante la revoca” queda así en la prosificación (“revoca” es un cultismo, anota Carreira): “Cuando la Estrella Polar está lejos de esta piedra (i. e. de la aguja imantada por la piedra), la atrae hacia sí”. En cuanto a “elevada la inclina”, remito a la nota del crítico: “La *elevación* es el ángulo que forma un astro con el horizonte; por *elevada* Góngora entiende aquí la elevación máxima, casi vertical, cuando la aguja se halla en la región polar”.

La aguja oscila: apunta ora hacia el oriente (el lugar del amanecer, el sitio del balcón tiernamente colorido de “la Aurora bella”), ora hacia el poniente: ahí una fría tumba —sepulcro majestuoso de estas astronomías— sella el entierro de las “cenizas del día”, el término de la luz.

Siete versos están consagrados a la descripción de la magnetita; siete versos, a sus propiedades, a su pródiga “virtud”.

En los dos versos siguientes (393, 394), la piedra imán aparece como la guía veraz de los navegantes y Góngora la menciona por última vez, más allá del pasaje aquí comentado: “atractiva / del norte amante dura”. **||**